



ISSN 0716 -162X

CUADERNOS DE INFORMACIÓN

ESTUDIOS, INVESTIGACIONES Y ENSAYOS ■ FACULTAD DE COMUNICACIONES ■ PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Nº 21

2007 - II

Tabla de contenidos

EDITORIAL	3	RESEÑAS DE LIBROS	
ARTÍCULOS		PAULINA GÓMEZ	
PABLO CORRO		Darío Rodríguez y María Pilar Opazo	
Autorreferencia televisiva en los <i>realities</i> chilenos	4	<i>Comunicaciones de la Organización</i>	82
RODRIGO URIBE, PEDRO HIDALGO, ELÍAS SELMAN Y EDUARDO ALBORNOZ.		JOSÉ ROMÁN	
Las audiencias de la franja presidencial chilena	12	Pablo Corro, Carolina Larraín, Maite Alberdi y Camila van Diese	
CONSTANZA MUJICA		<i>Teorías del cine documental chileno 1957-1973</i>	83
La telenovela de época chilena: Entre la metáfora y el trauma	20	CRISTÓBAL EDWARDS	
PATRICIO CABELLO		Raphael Shargel (Ed.)	
Las relaciones de género en los dibujos animados de la TV chilena	34	<i>Ingmar Bergman Interviews (Entrevistas a Ingmar Bergman)</i>	84
FELIPE MORENO, PABLO JULIO Y JOSÉ LUIS SANTA MARÍA.		JUAN PABLO GARNHAM	
TVN 1990: Las claves de una gestión exitosa	48	Mark Kramer y Wendy Call (Ed.)	
ENRIQUE AIMONE		<i>Telling True Stories</i>	85
Los Pincheira: Una parábola de la transición chilena	66	CARLA ARCE	
SERGIO GODOY		Consejo Nacional de la Cultura y las Artes	
TV digital en Chile: Regulación y modelos de negocio	74	<i>Televisión y cultura, una relación posible</i>	86
		POLÍTICA EDITORIAL Y PRESENTACIÓN DE COLABORACIONES	89

Editorial

El 5 de octubre de 1957, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (UCV) realizó la primera transmisión pública de televisión en Chile, durante la inauguración de una exposición científica. Para ese entonces, nuestro país era uno de los últimos del continente en adoptar esta nueva y revolucionaria tecnología.

La razón de este retraso tiene que ver con el poco entusiasmo que despertaba la televisión en los miembros de la elite política, quienes no sólo la consideraba un “gasto” injustificado para un país pobre como el nuestro, sino que además, preferían no arriesgarse a los peligros que podían venir con el nuevo medio. Por muy iluso y añejo que esto pueda sonar el día de hoy, la verdad es que los dos principales temores frente a la televisión –su uso como herramienta de propaganda y el “empobrecimiento” de nuestra cultura– siguen tan presentes como hace 50 años. De hecho, nos es raro escuchar cada cierto tiempo a autoridades de toda índole abogando por regular sus perversos contenidos.

Esto no es exclusivo de Chile. Críticos de todo el mundo han escrito miles de páginas advirtiendo que la televisión aliena al individuo, atrofia la imaginación, embrutece el juicio, promueve los instintos básicos y resiente el entramado social. Otros, sin embargo, han visto en ella una fuerza de democratización, pues ese mismo carácter plebeyo y fariseo la ha convertido en el medio de las masas, vector de la posmodernidad y la cultura del consumo: un lugar que admite casi todo pero donde nada puede durar demasiado. De hecho, mientras el cine crea gigantes y la literatura produce verdaderos inmortales, las figuras de la televisión están siempre al borde del ridículo y la caducidad. Tal poder corrosivo tiene una importante significación política, como lo resume Shimon Peres al quejarse de que, si bien la televisión hizo imposible la dictadura, también hizo de la democracia algo insoportable.

Es probable que el miedo al ridículo esté detrás de la desconfianza de nuestras elites hacia la televisión. En los más de 30 años que hubo desde que se establecieron las bases del sistema televisivo chileno hasta 1990, el nuevo medio permaneció en manos de las universidades y el Estado. Esto porque, si bien la ley original de 1958, promulgada en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, permitía toda clase de cadenas (claro que sujeto

a la aprobación de Presidente de la República), luego se modificó en 1970 para darle la exclusividad a estas instituciones públicas. Incluso el gobierno militar, que llevó a cabo la liberalización de muchos sectores de la economía chilena, sólo abrió el mercado televisivo una vez que había perdido las elecciones de 1989 y estaba por dejar el poder. Lo interesante fue que, por el hecho de ser un país pobre, los canales chilenos no contaron con el suficiente financiamiento público, por lo que se vieron obligados a admitir publicidad y competir por las audiencias desde muy temprano. Esto hizo que la televisión Chilena fuese un caso bastante particular, mezcla de orientaciones de servicio público con la necesidad de atraer a las masas.

Hoy día en Chile hay 2.1 televisores por hogar, con un consumo estimado de 3 horas 31 minutos al día. A esto se suma el hecho de ser uno de los países de Latinoamérica con mayor penetración de telefonía celular, TV de pago, computadores y conexiones a Internet. Además, en las dos últimas décadas se ha consolidado la democracia y doblado el ingreso per cápita, lo que ha venido acompañado de la masificación del crédito y el acceso a bienes de consumo por parte de gran parte de la población. En resumen, un país muy distinto al de 1957, más rico, abierto a los cambios y a los avances de la tecnología. Aún así, en lo que se refiere a la televisión, las autoridades siguen prefiriendo ser cautas –como por ejemplo, al posponer en varias oportunidades la definición de la norma de transmisión de TV digital por la señal abierta, algo que producirá profundas transformaciones en el actual sistema de medios.

En este número de Cuadernos de Información celebramos los 50 años de la televisión Chilena sin caer ni en la excesiva autocomplacencia ni en el alarmismo crítico. Los artículos aquí presentes examinan los fenómenos de nuestras pantallas analizando sus historias y personajes, formatos audiovisuales, estructuras simbólicas, implicancias políticas y razones económicas: todo con el afán de no quedarnos en el mero revisionismo histórico, sino abordar el tema sin miedo al ridículo, desde una mirada interdisciplinaria que asume tanto los problemas de la actualidad como los desafíos del futuro.

Fernando Acuña y Felipe Moreno